

Reconstruir el sentido comunitario de la persona como condición para realizar proyectos colectivos axiológicos

Juan Diego Ortiz¹

Introducción

El filósofo Immanuel Kant, en su texto *¿Qué es la Ilustración?* expresa que una de las principales tareas del quehacer filosófico consiste en pensar el presente, por lo que esta alusión a Kant, nos remite a la pregunta sobre nuestra existencia y los efectos que esta tiene sobre el entorno. Retomar la pregunta de *¿Quiénes somos?*, como lo hizo Kant en el siglo XVIII, y como lo han hecho muchos pensadores a lo largo de la historia, nos permite tender el puente para reflexionar sobre la condición social del ser humano que parece haber sido remplazada por el encumbramiento de la idea del individuo sin más, que trajera la filosofía liberal y la ideología capitalista. El puesto de mando del individuo, que supuso el rompimiento con su condición social y comunitaria, lo colocó en la perspectiva reduccionista de ser consciente sólo de sus deseos, intereses y necesidades al margen de los demás, trayendo serias consecuencias hasta nuestros días.

Cuando se habla de la crisis axiológica contemporánea que vive el mundo, tenemos que voltear a mirar la crisis que padece nuestro sentido comunitario, entendido éste como un conjunto de relaciones que nos proveen de sensibilidades de pertenencia a estructuras colectivas que posibilitan la coexistencia justa y pacífica en la sociedad. Cuando esto se fractura o no llega a ser siquiera parte de los procesos cognitivos de los sujetos, se tiende a privilegiar el interés individual sobre el interés colectivo.

1 Doctor en Filosofía, es director del Centro de Estudios de Religión y Sociedad adscrito al Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara, Guadalajara, Méjico.

Desde luego que no estamos entendiendo el sentido comunitario bajo la pretensión de imponer un interés sobre el otro, sino de hacer conciencia de la importancia vital de sostener relaciones de complementariedad entre nuestra condición de individuos y nuestra condición comunitaria, porque esto es la base de la viabilidad existencial del ser humano y la naturaleza de la que somos parte.

El individualismo constitutivo de las relaciones capitalistas imperantes, ha permitido que la persona humana, vista sólo como individuo, se conduzca de manera egoísta al perseguir siempre el beneficio personal sin tomar en cuenta los intereses de la sociedad. Dejando que el egoísmo penetre y se convierta en un asunto normalizado tanto en las grandes estructuras como en los microsistemas sociales donde tienen lugar las relaciones humanas. Esto ha traído consecuencias como el afán de poder y el deseo de dominación que es incapaz de reconocer el daño que genera en los otros.

Da Jandra (2014, p.70), señala “que la confrontación entre lo privado (egocentrismo) y lo público (sociocentrismo), es consecuencia de una disyuntiva de intereses que obedecen a una racionalización inmoral del mundo: de un lado la dinámica excluyente que exige el respeto incondicional a la libertad del yo; del otro, la dinámica incluyente que reclama el sacrificio del ego como principio rector de la “convivencialidad civilizadora”. Y agrega que el individuo que se deja seducir por su ego deriva más pronto que tarde hacia la autoadmiración, que es la manera inmoral de engrandecerse a costa de los demás.

Es sabido que las relaciones de dominación han existido desde el nacimiento de la humanidad, sin embargo, siempre ha habido también formas de resistencia políticas, así como religiones, filosofías y éticas que retan esas cosmovisiones desde otros postulados. Desde una diversidad de posturas, pero con la mirada puesta en la relación con el otro, con los otros, podemos encontrar propuestas teológicas, filosóficas, políticas y sociológicas, entre otras, que sugieren otros abordajes para establecer formas más humanas de relación que vayan más allá de los egocentrismos.

Y eso, es una buena noticia, que siempre hayan existido voces problematizadoras del poder, la dominación, la explotación, la avaricia, quiere decir que existe la posibilidad de transitar hacia otros constructos desafiantes del ego.

En este sentido, el abanico de opciones es amplio, ya que va desde los aportes de las religiones como el cristianismo que dirigen su mensaje hacia la construcción del amor al prójimo, y propuestas como la de Rousseau que se interroga sobre la desigualdad entre los hombres; la Otredad de Lévinas; la ética de la liberación de Dussel; el comunitarismo en su versión iberoamericana de José Pérez Adán y Pablo Guerra; el holismo de Leonardo Boff; el sociocentrismo de complementariedad de Leonardo Da Jandra; el Buen Vivir de las comunidades indígenas sudamericanas; la problematización del ser egocentrado de Marià Corbí; y la antropoética de Edgar Morin, propuestas todas, que proponen otras miradas sobre el devenir del individuo y la sociedad sin que eso suponga un atentado contra la individualidad y la libertad de las personas. Si bien, cada uno de los planteamientos anteriores han surgido en contextos culturales distintos, lo que los unifica es el análisis de la condición humana de la persona, la cual no puede estar escindida de su relación con el entorno, según se puede leer en los postulados de sus autores. Además, de que estas propuestas tienen una fuerte carga axiológica que intentan dar pistas sobre valores esenciales que aseguren la coexistencia entre individuos, sociedad y naturaleza. Valores que tienen que acompañar al desarrollo de la tecnociencia, la economía y la política del mundo moderno.

Como dice Jaume Agustí (2016, p.52), quien citando a Corbí, refiere “que los valores son el componente más comunicativo de la palabra, en el sentido de cobrar comunidad. Son llamadas a la cohesión, motivación y orientación colectivas frente a unas necesidades para sobrevivir”. Y ahí está la búsqueda de las teorías y prácticas antes señaladas, la necesidad de comprendernos de tal forma que garanticemos las condiciones para la existencia humana ante las muy variables amenazas que sufre el orbe, entre ellas, el exacerbado individualismo que limita las posibilidades de crear proyectos axiológicos colectivos porque el pensamiento y el hacer cotidiano está centrado en el yo, en el ego. Jaume Agustí señala que en

las sociedades de conocimiento es preciso dar el paso de la egocentración a la desegocentración, es decir, del individualismo “autárquico” al espíritu de equipo, a la simbiosis humana y con el medio, según lo refiere este pensador catalán.

Estamos convencidos de que la crisis relacional entre los sujetos ha sido provocada por el encumbramiento del yo, y que esto, nos ha encerrado en una autocomprensión antropológica unidimensional centrada en nuestra sola condición de individuos, sin considerar que también somos seres sociales. A este respecto, el presente trabajo se sitúa en la reflexión de que necesitamos reconstruir nuestro sentido comunitario, y para ello, nos viene bien revisar los postulados de Edgar Morin con respecto a su ética del género humano, y el planteamiento de Leonardo Boff en cuanto a la naturaleza relacional de la persona. Propositiones que se sitúan en el reconocimiento de la alteridad –en su versión de sociedad, sujeto, comunidad, etnia, clase social, medio–, y que buscan otros entendimientos en la perspectiva de poner frenos ante los desenfrenos de la crisis civilizatoria que padecemos. Alternativas conceptuales que pueden abonar a generar condiciones de posibilidad para la creación de proyectos axiológicos colectivos.

La construcción del sujeto ético mediante la tríada del género humano

Ante la crisis axiológica de nuestros días, es vital la conformación de sujetos éticos capaces de reconocerse como parte constitutiva de un todo y volverse conscientes y respetuosos de la existencia, las necesidades y las expresiones que le rodean, que sean capaces de verse y ver a los demás. Para el propósito de analizar este problema, tomaremos como punto de reflexión la ética del género humano del filósofo francés Edgar Morin, quien recupera la condición social del ser humano y la entrelaza con la condición de especie e individuo. El posicionarse en este autor obedece a que su propuesta es una alternativa en clave de alteridad y que forma parte de esos esfuerzos continuos que ha habido a través de la historia para problematizar el comportamiento egocentrado.

Además, siendo el tema central la referencia al individualismo, la propuesta de Morin nos ayuda a profundizar este aspecto de la condición humana.

Morin parte de la concepción originaria del ser humano, que es la de ser biológico y cultural, la cual le da a la especie el estatus de humano, pues sin la cultura, este podría ser degradado a rango de primate, del mismo modo que no puede existir cultura en sitio alguno del mundo sin cerebro humano que la conforme. De manera que ambos, cerebro y cultura, se afirman ante la mutua interacción. El mismo carácter retroactivo que se manifiesta entre la cultura y el cerebro humano, dentro de esa *unidualidad*, como la nombra Morin, se encuentra también presente en la tríada de su ética del género humano, la cual se explica mediante la coproducción de tres elementos interactuantes y necesarios para la concepción del ser humano.

Como acabamos de mencionar, la tríada parte de una visión compuesta del género, donde éste se encuentra integrado por la siguiente tríada: individuo ↔ sociedad ↔ especie. Estos tres elementos se alimentan mutuamente al estar religados, por lo que cada uno de ellos participa en el surgimiento del otro, siendo a su vez todos, productos y productores.

Los individuos son el producto del proceso reproductor de la especie humana, pero este mismo proceso debe ser producido por dos individuos. Las interacciones entre individuos producen la sociedad y ésta, que certifica el surgimiento de la cultura, tiene efecto retroactivo sobre los individuos por la misma cultura. No se puede absolutizar al individuo y hacer de él el fin supremo de este bucle; tampoco se lo puede a la sociedad o a la especie. A nivel antropológico, la sociedad vive para el individuo, el cual vive para la sociedad; la sociedad y el individuo viven para la especie la cual vive para el individuo y la sociedad. (Morin, 1999, p.26)

Como podemos apreciar en la cita anterior, el bucle individuo ↔ sociedad ↔ especie es la base sobre la que Morin sienta su ética humana, convirtiendo a los individuos en producto y productores conscientes, ya que se encargan de la reproducción y la preservación de la especie, y a través de las relaciones entre ellos dan origen a la sociedad, que se ocupa a su vez de

formarlos, generando así lo que conocemos como cultura. Este bucle reúne indisolublemente en el ser humano tres dimensiones entendidas como una unidad, en donde cada dimensión se vuelve medio y fin, por lo que estos componentes no pueden ser entendidos de manera separada.

La complejidad humana se constituye mediante la tríada haciendo emerger la conciencia, de manera que el género humano es comprendido, de acuerdo con Morin (1999), “como el desarrollo del conjunto de las autonomías individuales, de las participaciones comunitarias y del sentimiento de pertenencia a la especie humana” (p.79). De esto se deriva una ética propiamente humana, que persigue la realización de la humanidad, y por ende, el proceso de desegocentración.

La conciencia que emerge de esta tríada, permite que los individuos se perciban a sí mismos como parte esencial de una totalidad de relaciones humanas a la que se integran voluntariamente, debido a que su contacto con el todo les ofrece el sentido de pertenencia al género humano, y es por medio del reconocimiento del otro, que se vuelven capaces de reconocerse a sí mismo. La conciencia de género los lleva a perpetuar la especie, y las relaciones entre individuos sirven para la conformación y auto-organización de la sociedad, sin despojarse de su individualidad que hace de ellos seres, singularidades que confluyen en un mismo espacio. Sólo siendo conscientes de la relación con el todo, sin echar a un lado la individualidad, será posible alcanzar la plenitud de las relaciones humanas, y reconfigurar el orden de las cosas, donde el nuevo orden resulte beneficioso para la humanidad a partir de una diversidad de proyectos colectivos axiológicos.

La conciencia humana permite el surgimiento de lo que Morin nombra como una *antropoética*, que viene a ser la ética del bucle antes mencionado, individuo ↔ sociedad ↔ especie. Esta ética no excluye la individualidad del hombre, sino que la incorpora en la compleja naturaleza del ser humano. Sin privarlo de su autonomía y su singularidad, lo hace partícipe y consciente de su condición humana, llevándolo a la valoración de su individualidad y de todo cuanto lo rodea. Reconociendo a los Otros, reconoce su antropología, lo que lo convierte en un individuo responsable con los demás y consigo mismo. Al sentir la pertenencia a la especie humana, la cual los hace verse

como elementos constitutivos de la naturaleza, le reconocerán respeto a esta como su hábitat, pues atentar contra ella, sería atentar contra sí.

La contribución *antropoética* de Morin, dicta que para asumir la misión de su ética es necesario, en primer término, aceptar la condición humana de la tríada que él propone, para así dar forma completa a la humanidad, vista como un ser social e individual perteneciente a la especie humana, para luego asir el destino humano con sus antinomias y su plenitud (Morin, 1999).

La misión de la *antropoética* se resume en los siguientes puntos, según su autor:

- Obrar para la humanización de la humanidad.
- Efectuar el doble pilotaje del planeta: obedecer la vida, guiar la vida.
- Realizar la unidad planetaria en la diversidad.
- Respetar en el prójimo al mismo tiempo la diferencia con uno y la identidad con uno.
- Desarrollar la ética de la solidaridad.
- Desarrollar la ética de la comprensión.
- Enseñar el desarrollo de la antropoética del género humano.

(Morin, 1999, p.80)

La *antropoética* guarda en su seno la esperanza de realización humana como conciencia planetaria (p.80). Es una apuesta al mejoramiento del planeta, con desconocimiento de su aplicación, aunque cierto es, que el camino se construye andándolo. Al bucle individuo/sociedad, Morin le adhiere la idea de democracia que permite una rica y compleja relación entre estos dos elementos. Nuevamente este elemento que se incorpora al rizo individuo/sociedad, tiene un papel retroactivo en ambos, siendo los individuos los que producen la democracia y son a su vez producidos por ella. La democracia aparece aquí para nutrir la diversidad de ideas e intereses, permitiendo la coexistencia de la multiplicidad de formas y expresiones. Su existencia proclama la participación conjunta de los individuos en las decisiones tomadas para la regulación y legislación de los

ciudadanos. Esta democracia se presenta como un modo de subsistencia que viene a regenerar el civismo, alentando a los individuos hacia una actitud responsable y solidaria para con los Otros².

Como podemos apreciar en los postulados del pensador francés, se trata de un nuevo llamado a humanizar la humanidad, tal como también lo plantea la espiritualidad pos-religional. Por ello, se sugiere un cambio en la condición humana que emerja de la conciencia relacional derivada del bucle individuo↔sociedad↔especie. Lo que se busca es que se manifieste en los individuos un nuevo estado de consciencia, una consciencia planetaria, pero a su vez una consciencia comunitaria capaz de ir más allá de la individualidad impuesta por el modelo económico imperante, para poder así comprender que las relaciones de dominación, que si bien son de siempre, han alcanzado en la actualidad niveles devastadores como no se ha visto antes en la historia de la humanidad, y que de no atender al deterioro generado dentro de la esfera social, ecológica, política, económica y cultural, nos estaremos encaminando hacia la propia exterminación. Por ello, la insistencia en recobrar el sentido comunitario del ser humano que lo comprometa con todos los miembros de la especie en la construcción de un mundo distinto para todos.

La dimensión relacional del ser humano en el holismo de Boff

El pensador brasileño Leonardo Boff, plantea en su libro *Ecología: un nuevo paradigma*, un enfoque alternativo cuya cosmovisión embona con la idea de recuperar el sentido comunitario del ser humano. Esta perspectiva intenta, desde el holismo, recuperar la dimensión relacional del hombre que tan afectada se ha visto con las nuevas tendencias sociales y culturales de la nueva época que vivimos. Las conductas de los individuos no son las únicas influidas y modificadas por la lógica del capitalismo y las nuevas tecnologías de la comunicación. También se puede apreciar su impacto en

2 Abordar la idea de democracia en Morin, requería un espacio considerable en esta trabajo, además de desviarnos de nuestro objetivo central que es el de rescatar la tríada del género humano como una reflexión propositiva que defina nuevos proyectos axiológicos. Motivo por el cual sólo hacemos mención del tema de la democracia.

el terreno ambiental y socioeconómico de las sociedades contemporáneas. Por ello, la práctica de la dimensión relacional del ser humano supone una configuración social con alcances planetarios que ayude a la obtención del mutuo bienestar entre los seres. Es pues, una manera diferente de vivir y de entender la realidad. Se trata de una estrategia global, pero a su vez comunitaria, que repare los daños ocasionados por el capitalismo destructivo, sin dejar de atender las necesidades de los otros, vistos ahora como nodos de esa red planetaria.

El holismo supone el establecimiento de una red infinita de relaciones entre seres vivos, sin exclusión de ninguno, contrario a lo que podrían sugerir algunos pensadores partidarios de la idea de que una relación auténtica solo puede existir entre miembros de la especie humana, en tanto seres que comparten una misma situación, en pocas palabras, el antropocentrismo. En cambio, el holismo propone el reconocimiento de la interdependencia entre todos los seres vivos y su medio. Este entramado de relaciones va de un extremo a otro, desde los seres inorgánicos como elementos constitutivos de la naturaleza, hasta los organismos vivos, como plantas, animales y humanos, fundamentándose este paradigma en el carácter relacional que se da por todos lados.

La propuesta holística de totalidad pretende volver sobre la visión relacional originaria de todo ser viviente, con el fin de establecer vínculos solidarios a nivel planetario entre los hombres, los seres vivos y la naturaleza (Boff, 2000, p.25). Lo que se plantea el holismo es la creación de una sociedad diferente, una sociedad integrada que no se vea reducida a buscar el bien común entre los hombres, sino que vaya más allá, y procure también el bienestar de la naturaleza.

La ética holística que emerge en esa red de relaciones, se vive cuando los seres humanos renuncian a las prácticas de dominación y se encaminan hacia la comunión con sus diferentes e iguales. Esta ética se basa en el respeto y la aceptación de las diferencias mediante una actitud de compromiso y solidaridad con el mundo, a partir de esa relación responsable del hombre para con el todo es que puede lograr la propia realización, bajo la idea de que realizando el mundo se realiza a sí mismo.

El rescate del sentido comunitario de los seres humanos a través de la religación con su entorno favorecería a la sociedad si se reconoce que esta nueva actitud frente al mundo podría ayudar a solventar las latentes crisis en las esferas vitales del hombre, que no son solamente un tema de interés nacional, sino que se han convertido en problemas urgentes de orden mundial, que de no ser atendidos pueden dirigirnos hacia una catástrofe mundial inminente.

Una solución de apariencia viable para la resolución de los actuales problemas que venimos enfrentando como sociedad, puede consistir en la transformación de las formas en que se relacionan los individuos. De lograr establecer una convivencia solidaria y responsable para con los otros y con el entorno, se ayudaría en gran medida al restablecimiento del equilibrio en el planeta, todo esto bajo el entendido de que la realidad debe ser comprendida como una red de relaciones entre personas, seres, cosas y su medio. Solo así podrían surgir sujetos comunitarios guiados por una visión ética integrada.

La responsabilidad y el reconocimiento de la alteridad nos acercan hacia una actitud comunitaria con el mundo. A este respecto, Boff afirma:

“Cada ser, animado o inanimado, posee un valor en sí mismo. Tiene sus potencialidades y sus límites dentro de su ecosistema. Para la inteligencia y para la afectividad humanas, cada ser constituye una provocación para intentar descifrar el mensaje de vida, de belleza y de racionalidad que él contiene en sí mismo. Cada ser, especialmente los seres vivos, merece ser reconocido y también respetado en su alteridad (...) Todo lo que existe y vive merece existir y vivir.” (Boff, 2000, p.90)

Esta actitud relacional de los seres humanos ayudaría a fomentar la libre coexistencia entre todos los seres vivos que habitan esa nave orgánica que algunos suelen nombrar como Tierra, Pachamama o Gaia. El sentido relacional de los hombres establece la exigencia de una ética que vele por el derecho de existir de cada ser vivo. Al sentirse parte constitutiva de un todo se asumen como seres complementarios del medio y se vuelven seres recíprocos con su especie y con el entorno. De ahí la importancia que

tiene el fomentar una actitud solidaria con el mundo que les recuerde a los hombres su condición humana tan olvidada en estos tiempos, y que los involucre en la participación y el cuidado de esta casa común que es la Tierra.

El retorno a lo comunitario, sin vulnerar la individualidad, abriría paso a la transformación social para generar condiciones más justas e igualitarias, donde las relaciones entre individuos se tornen simétricas gracias al proceso humanizador que sirva para definir nuevos proyectos axiológicos que garanticen la convivencia.

Conclusiones

La idea de recuperar el sentido comunitario y relacional de los seres humanos, es sin duda una reflexión matizada por el idealismo y la esperanza, pero la realización de un proyecto semejante puede alcanzarse si se parte de la crítica y del reconocimiento de las acciones de hombres cuyo egoísmo los ha llevado a cometer atroces errores en contra de la humanidad. Sólo descubriendo los factores que intervinieron en el estado actual de las cosas, nos será posible cambiar y no volver a repetir los mismos errores.

La condición relacional se realizará cuando los individuos se reconozcan como parte integral del conjunto humano, y comiencen a generar las condiciones para la realización de los otros y la propia. Cuando se dé el paso hacia la desegocentración. Corbí (2014, p.72) señala que la idea del yo como centro del pensar, del sentir, del percibir y del actuar es la fuente del deseo, de la codicia, de la ira, la ignorancia y de los enfrentamientos; cada una de ellas genera mil pensamientos y apreciaciones falsas. De ahí que compartamos plenamente la búsqueda por configurar nuevas consciencias, nuevos sujetos éticos y nuevas espiritualidades, donde recobrar el sentido comunitario de la persona es una condición necesaria para aspirar a nuevos proyectos civilizatorios que disten de la actual lógica capitalista.

Bibliografía

Agustí, Jaume (2016). La sociedad del conocimiento y el futuro de Cataluña. En *Crisis de las religiones como sistemas de programación colectiva y desmantelamiento axiológico. El reto de construir los proyectos axiológicos colectivos que necesitamos*. Barcelona: CETR.

Boff, Leonardo (2000). La dignidad de la tierra. *Ecología, mundialización, espiritualidad. La emergencia de un nuevo paradigma* (pp.19-93). Madrid: Trotta.

Corbí, Maria (2014). El cultivo de la cualidad humana profunda en las nuevas sociedades industriales. En *Indagaciones sobre la construcción de una epistemología axiológica*. Barcelona: CETR.

Da Jandra, Leonardo (2014). *Filosofía para desencantados*. México: Atalanta.

Kant, E. (1994). *Filosofía de la Historia*. Trad. Eugenio Imaz. México: FCE

Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Francia: UNESCO.